





**Joaquín Mbomío Bacheng**

# **Se fue la independencia**

con un prólogo de  
Véronique Solange Okome-Beka



© 2018 Joaquín Mbomío

© 2018 EDICIONES EN AUGE

Viena/Madrid/Malabo

[www.ediciones-en-auge.eu](http://www.ediciones-en-auge.eu)

Lectorado: Helga Lion / Andrea Ramos

Verlag: Buchschmiede von Dataform  
Media GmbH, Wien

ISBN

Paperback: 978-3-99070-559-9

Hardcover: 978-3-99070-560-5

*A todos aquellos asesinados después de la  
independencia de Guinea Ecuatorial.*

*A mi madre Joaquina Bacheng;  
por la independencia  
la dejé abandonada  
sola en la selva.*



# Prólogo

Desde hace tiempos remotos, la escritura es el medio más adecuado que intelectuales, hombres de letras y escritores emplean para denunciar hechos de la sociedad, compartiendo experiencias e ideas, presentar y valorar su cultura y el modo de vivir de su pueblo. Sus obras suelen describir con cierto realismo los problemas de las sociedades en las que viven.

En efecto, aparecido en el siglo XIX, el realismo es un concepto que permite identificar la manera de contar, presentar, considerar o percibir lo que ocurre tal como sucede. En el dominio de las letras y artes, el realismo

es una tendencia que intenta reproducir objetivamente una realidad social. Así, a mediados del siglo XX, esta nueva corriente literaria va a encontrar su mejor terreno de expresión especialmente en la novela. Dentro de las formas más conocidas tenemos: el realismo épico, el realismo mágico o real maravilloso y el realismo social.

En América Latina, por ejemplo, es a partir del año 1949 cuando Alejo Carpentier habla de «lo real maravilloso» para introducir la novela *El reino de este mundo*, que se ha considerado la novela iniciadora de esta corriente literaria. Pero el realismo mágico encuentra su mejor expresión en novelas como *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez, que fue una de las figuras emblemáticas tanto del *boom* literario latinoamericano como del realismo mágico.

Por su parte, el realismo social se centra en la denuncia social y hace una descripción de los problemas cotidianos, sin maquillar la realidad ni evitar su lado más duro. En la expresión literaria negroafricana, el realismo social suele destacar el compromiso de los



intelectuales con su sociedad y escritores como el guineoecuatoriano Joaquín Mbomío Bacheng, que forma parte de aquellos que se sirven de su pluma para describir y denunciar los abusos e injusticias sociales que padecen los países africanos debido a su patética realidad histórico-política y socioeconómica. Es lo que nos llama a descubrir en su última novela, titulada *Se fue la independencia*.

En efecto, *Se fue la independencia* es la cuarta obra de Mbomío Bacheng después de *El párroco de Niefang* (1996), *Huellas bajo tierra* (1998) y *Matinga, sangre en la selva* (2013). Este librito, de apenas ochenta páginas, se puede concebir como una novela corta de índole histórico-testimonial, donde el autor narra en tercera persona la historia de la joven guineana Malengue. Se sirve de la literatura para pintar la vida cotidiana de un país, Guinea Ecuatorial y de un continente, África, para despertar las conciencias. La trama nos permite repasar momentos importantes de la historia de la África postcolonial. El recuerdo de las independencias ofrece una nueva problemática del quehacer político africano desde los años sesenta hasta la actualidad.

Pero la recuperación de la historia política de África da una dimensión altamente elevada a la expresión literaria africana y demuestra así la estrecha relación que existe entre historia y literatura; una sirviendo de fuente de inspiración para la otra.

Por una parte, *Se fue la independencia* es una obra rica y profunda donde se entremezclan ficción literaria y realidad histórica. Una historia nacional guineana e internacional africana que el autor conoce plenamente. Por otra parte, *Se fue la independencia* permite revistar las luchas de los negros por su soberanía y emancipación tanto político-económica como socio-cultural. La historia de la colonización, el proceso de descolonización, el neocolonialismo y las duras dictaduras que se instalan en la África postcolonial, permiten universalizar las luchas de liberación de los negros, ya sea en África o en América.

Es precisamente a este nivel, en el que la nueva obra de Joaquín Mbomio Bacheng revela su mayor interés por el desarrollo y la maduración de las letras del continente, que desde ahora deben promover la

llamada literatura transnacional y transfronteriza, ya sea a nivel subregional o continental. Pero para comprender mejor esta perspectiva, deben destacarse primeramente los antecedentes históricos de la obra.

Para ello, se puede mencionar en primer lugar el destino particular de África tras el encuentro con el mundo occidental europeo y el cambio traumático que padeció el continente a través de unos sistemas deshumanizantes como fueron la trata negrera, la esclavitud y la colonización. El proceso de descolonización que vino después y la instalación de las nacientes repúblicas es otro importante aspecto a investigar.

En efecto, tras el Tratado de Tordesillas en 1494 y el Tratado de Rijswijck en 1697, las potencias europeas (Francia, España y Portugal) se repartieron los continentes (África y América). Entre los siglos XVI y XVII se llevó a cabo la colonización del hemisferio sur de América y las tres potencias europeas se adueñaron de un conjunto geográfico que se extendía desde Río Grande hasta Tierra del Fuego. Sin embargo, a partir

del siglo XVIII, una consecución de circunstancias incitativas, como la llegada y difusión de las ideas filosóficas del «siglo de las luces» relativas a la libertad y la igualdad de los seres humanos, despertó las conciencias de los pueblos colonizados. Así es como se iniciaron varias luchas armadas entre estos últimos y las potencias colonizadoras europeas que culminaron en sus independencias graduales a lo largo del siglo XIX.

Así, después de Estados Unidos, Haití fue la primera nación negra del mundo en deshacerse del yugo de la colonización. En efecto, tras la revuelta de los negros que encabezó Toussaint-Louverture, los independentistas Dessalines, Christophe y Pétion encabezaron las luchas contra las tropas napoleónicas que quisieron restablecer el antiguo sistema feudal de dominación. La independencia fue proclamada en 1804. Pero, tan pronto como llegó, la nueva nación conoció nuevas tensiones que condujeron a la repartición de las islas en dos Estados: en el sur Alexandre Pétion se instaló como presidente de la República en Port-au-Prince y Henri Christophe,

rechazando el modelo democrático, se hizo coronar como rey de la provincia del norte. A partir de este momento, decidió construir un Estado a la dimensión de su grandeza, imponiendo al pueblo recién independizado trabajar de sol a sol en la edificación de una gigantesca ciudadela que simbolizaría su libertad. Desde entonces, el rey Christophe dejó caer a su pueblo en la desilusión, instalando una nueva forma de esclavitud, más feroz e implacable ya que era practicada por un negro sobre sus propios hermanos.

Más tarde, Aimé Césaire denunciará la tiranía, las desviaciones sociales, la represión y los abusos cometidos por un rey tan autoritario como dictatorial en una obra teatral titulada *La tragédie du roi Christophe* (1963). De hecho, desde el prólogo, el combate de gallos organizado durante una fiesta en Haití, ya simboliza las luchas y maniobras de ambos personajes, Pétion y Christophe, por la obtención del poder. De esta manera, Aimé Césaire quiso poner de manifiesto y escenificar el enfrentamiento entre la monarquía y la democracia, o más bien sus parodias, ilustrando así las

ambigüedades y contradicciones de la descolonización.

Por eso, se reconoce que desde siempre la historia es la primera fuente de inspiración de la literatura y que el compromiso social de unos autores e intelectuales depende de la situación política y económica del país en viven.

Cabe recordar que en África la situación no ha sido tan diferente y el destino de los negroafricanos tampoco lo fue. La colonización de África se inició cuando se derrumbaron los imperios coloniales europeos en América. Justificadas por necesidades económicas, las potencias occidentales se abalanzaron sobre África después de sus derrotas en las largas luchas por las independencias de las naciones americanas a lo largo del siglo XIX. Iniciada en la penúltima década del siglo, la colonización de África, acelerada por la Conferencia de Berlín de 1884-1885, condujo al reparto del continente. Pero al final de la Segunda Guerra Mundial, empezaron a tambalearse las bases del

imperio colonial africano. Las luchas por las independencias emprendidas por los movimientos y partidos nacionalistas africanos fueron de gran magnitud. Hubo episodios heroicos, como las luchas llevadas por Samory Touré, Rabah, Behanzin, etc.

Después de la Conferencia de Bandung, el advenimiento de la emancipación se universalizó y se radicalizó. Para los pueblos colonizados de África significó el principio de una nueva fase en la medida en que el despertar de la identidad hasta el momento asfixiado, iba a reaparecer.

Independistas como Kwame Nkrumah, defendieron la idea del panafricanismo para superar los intentos de balcanización de África. Otros líderes de las luchas por la independencia de África se distinguieron en la primera Conferencia de Estados Independientes Africanos que tuvo lugar en Accra, Ghana, del 15 al 22 de abril de 1958. Entre los asistentes, podemos citar la presencia de Frantz Fanon, Gamal Abdel Nasser, Modibo Kéita, Ahmed Sékou Touré, Patrice Lumumba, Julius Nyerere y Amílcar Cabral entre

otros. Apoyando la ideología panafricanista, estos independentistas promovieron la libertad, la solidaridad y la unión para la regeneración del continente. Por ejemplo, en su discurso del 19 de julio de 1960, Patrice Lumumba declaró:

No hay más Bakongo, Bangala, no hay Wagenia, tenemos solo un pueblo libre. Somos todos ciudadanos congolese y debemos salvaguardar la unidad nacional. Es la unidad la que hará del Congo una gran nación en el corazón de África y el Congo va a desempeñar mañana un gran papel para liberar el resto de África. Queremos que el continente africano sea un continente libre.

En el ámbito de la literatura, los intelectuales utilizaron los medios puestos a punto por los colonos: enseñanza, diarios, sindicatos, etc. Sobre todo, defendiendo la igualdad de las civilizaciones y valorando la cultura africana, un grupo de jóvenes africanos y negroafricanos como Aimé Césaire, Léopold Sédar Senghor, Léon-Gontran Damas, Guy Tirolen y Birago Diop animaron al movimiento de la negritud. Este movimiento fue apoyado por



intelectuales franceses como Jean-Paul Sartre, André Gide, Albert Camus o André Breton, entre otros.

Para Sédar Senghor, la literatura de las negritudes fue un signo de reconocimiento que abrió camino a los poetas africanos nacidos en plena época colonial y que además se identificaban con la lucha del pueblo africano. Su producción literaria no fue solo una denuncia de la colonización, sino que reflejaba también la búsqueda de una autenticidad cultural, la cual había sido ignorada para poder justificar la esclavitud y la colonización. Para valorar este patrimonio, los padres de la negritud se sirven del ritmo y de la imagen. Quieren alcanzar un doble objetivo: rehabilitar al negro poniendo de realce sus culturas ancestrales y participar en la edificación de la cultura universal. Es por eso que, fuera de los movimientos políticos nacionalistas y panafricanistas, la negritud se percibe como un instrumento de lucha que aceleró el proceso de liberación del continente africano.

El proceso de descolonización adoptó formas diversas según la zona. Las ocho primeras colonias en independizarse fueron: Egipto, Etiopía, Sudán, Ghana, Liberia, Libia, Marruecos y Túnez. El año 1960 marcó la aceleración, particularmente, en las colonias francesas: los Estados de la Comunidad Francesa creada por la Constitución de 1958, con excepción de Guinea, independiente ese mismo año, vieron sus independencias otorgadas. La independencia en las colonias españolas y portuguesas vino de manera tardía: 1968 para Guinea Ecuatorial, 1974 para Guinea-Bisáu y 1975 para Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe, Mozambique y Angola. En el Sáhara Occidental, el proceso abortó después de la conferencia constitucional de 1976 y el país padeció la doble anexión mauritano-marroquí que hasta ahora impide a la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) gozar de su soberanía.

Después del reconocimiento internacional de su soberanía, las naciones africanas subsaharianas fueron admitidas en la ONU entre 1960 y 1975 y Zimbabue en 1980. Sin embargo, si bien muchas colonias alcanzaron

su independencia política, nunca lograron implementar una independencia económica. Hasta ahora, la mayoría sigue teniendo una economía completamente dependiente de sus antiguas potencias colonizadoras o de Estados Unidos. El colonialismo fue simplemente sustituido por el neocolonialismo de una oligarquía local o de las grandes multinacionales internacionales que frustran el disfrute de las inmensas riquezas del continente.

En el ámbito de la literatura, el trastorno político, económico y sociocultural causado por el largo período de colonización ha servido como primera fuente de inspiración a la expresión literaria africana. Por ejemplo, *Ville cruelle* (1954) del escritor Alexandre Biyidi Awala, alias Eza Boto o Mongo Beti es una de las obras pioneras que denuncia la colonización europea en África. Siguiendo el mismo hilo, el marfileño Ahmadou Kourouma en su novela *Les Soleils des indépendances* (1970) condena, a través de una dura crítica, el gran engaño político que ha sido la independencia. Describiendo los profundos cambios, demuestra que lo único que África logró fue «la tarjeta

nacional de identidad y la del partido único». De esta manera, se puede comprobar que la independencia africana se fue tan pronto como vino, porque bajo «el sol de las independencias», los nuevos gobernantes africanos devoraron, ellos mismos, su soberanía y la libertad de sus pueblos, por el mal gobierno, la corrupción, la dictadura, etc.

Después de la colonización, la independencia fue completamente confiscada por los nuevos dirigentes y en cada región de África, el partido único reemplazó la democracia naciente. La dictadura, la represión, la tiranía, la demagogia y repetidos golpes de Estado militares, caracterizaron la África postcolonial. El exilio, el destierro o el asesinato fueron el corolario cotidiano de todos los que se atrevieron a oponerse o denunciar los diferentes abusos cometidos por las nuevas oligarquías.

Esta fue, particularmente, la situación en Guinea Ecuatorial. Los once años que siguieron a la proclamación de su tardía independencia (12 de octubre de 1968) fueron años terriblemente